

Dossier

Información bibliográfica

Noticias

CARTAS DESDE LA PIÈCE
(Correspondencia con Agustín Andreu)
María Zambrano
Edición de Agustín Andreu
Pre-Textos
Universidad Politécnica de Valencia, 2002.

Son 373 páginas en las que descubrir/recrearse en el “mundo de María”. Ese otro mundo no limitado por las exigencias editoriales y/o los escritos académicos. Como bien dice Agustín Andreu, “el epistolario trasunta hasta el clima doméstico de Roma y La Pièce. La universidad, san Agustín, la naturaleza, la gnosis, el matrimonio, la *syzyguía* o comunidad breve, la amistad, el exilio, los Maestros, la Razón vital... todo el mundo de María aflora aquí”

Iniciar la lectura de esta obra es caer en un proceso de seducción intelectual que no puede eludirse con facilidad. Pues, si bien el tema de la obra hace referencia a una nueva forma de sentir lo divino, toda ella transmite “vida”. Nos hallamos frente a una María ya de cierta edad, con una ceguera creciente y serios problemas de salud que no deja, ni puede ni quiere dejar de filosofar, de reflexionar, de trascender los límites del dolor (no sólo físico, sino también emocional: la muerte de su hermana Araceli, los recuerdos de la guerra, del exilio, la “supervivencia”), que nos habla desde el otro

lado del texto y, como sin querer, nos conforta, nos mantiene firmes en el compromiso adquirido de recuperar y tener presente no sólo su pensamiento, sus reflexiones filosóficas, sino también el de transmitir y mantener viva la experiencia de la huida, de la muerte, del abandono y del exilio tanto físico como intelectual (este último, quizá el que más dolió).

Esta voluminosa obra está formada por 78 cartas personales, 11 anexos y una larga anotación epilodal del propio Agustín Andreu. Setenta y ocho cartas unidireccionales (de María a Agustín) donde lo que quiere ponerse en primer plano no es tanto la “relación de amistad” entre María y Andreu, como las orientaciones filosóficas de aquella a los problemas planteados por el joven teólogo. El interés es María y su vida, su interior, sus miedos y angustias, sus preocupaciones filosóficas en torno al tema de la religiosidad. Son, las setenta y ocho cartas, una forma diferente de escribir algo más que una biografía y revivir un encuentro.

La correspondencia entre Agustín y María se inicia en 1955, cuando aquel era estudiante en Roma y estaba preparando la tesis sobre el gnosticismo de Clemente Alejandrino. Pero, en *Cartas desde La Pièce*, la publicación de la correspondencia queda limitada a los años 1973-76. Son tiempos de crisis, no sólo para el autor, sino también internacional (fuerte revés económico), así como para España (agonía del franquismo y

transición a la democracia). Con este horizonte socio-político se desarrollan los temas sobre la religiosidad, la espiritualidad, la experiencia de la guerra como manifestación de un cambio, de una nueva “historia” general y personal.

Un nuevo cristianismo intelectual y religioso se lanza a manifestar y expresar, bajo una nueva teología, una -no redundante- nueva relación entre Logos y Espíritu. Y María Zambrano está ahí como autoridad, proscrita sí, pero autoridad presente de una España que dejó de ser, que fue y que entraba en un nuevo proceso de transición interna y política.

El tema espiritual-religioso y metafísico no sólo debe ser considerado como uno de los grandes temas de la filosofía y de la “historia” de María Zambrano, sino también como manifestación del renacer de una sociedad terriblemente marcada por esa guerra que dejó una profunda huella que trascendió los límites de lo sensible para alcanzar los límites de experiencia metafísica.

Los once anexos que siguen al epistolario deben ser leídos con gran atención, pues en ellos se establece el “diálogo intelectual” entre Agustín Andreu y María Zambrano sobre el tema de Dios, el Espíritu, el Logos-Palabra, la experiencia “religiosa” que va más allá de lo meramente individual-emocional para abarcar ese carácter más universal del saber filosófico.

Es hacia este apartado hacia donde debemos remitirnos para ubicar los verdaderos puntos de vista de María sobre los temas ya mencionados y descubrir el lugar que ocupa la reflexión “místico-religiosa” en la pensadora malagueña.

Quisiera hacer una mención especial a dos puntos del trabajo. El primero, al anexo 4, en el cual, Rosa Mascarell nos expresa la dimensión singular que hubo entre María y Agustín. Opinión que debe tenerse en cuenta para poder captar en toda su dimensión el carácter de la obra aquí presentada. El segundo punto hace referencia a las “Anotaciones epilógicas a un método o camino” de A. Andreu. Aquí, el autor ubica a María en su auténtico lugar, su “orbe” donde Leibniz, Kant, “Abel Martí”, Machado... aparecen como guías-métodos del “camino-caminado” por María Zambrano hacia el pensar filosófico, hacia el sentir de la “cruz”.

En definitiva, no es cualquiera la obra que tenemos entre las manos. Por fin podemos descubrir cómo María - desde una posición gnóstica - interviene en una doctrina de la divinidad que da cuenta de la Inteligencia y del Espíritu en esta vida y ocupa, como dice el mismo A.Andreu, un “locus theologicus” de la filosofía.

Paloma Llorente

MARÍA ZAMBRANO: L'ART DE LES MEDIACIONS (TEXTOS PEDAGÒGICS)

**Selecció introducció i notes de Jorge Larrosa i Sebastián Fenoy,
Publicacions de la Universitat de Barcelona,
2002. (146 pág.).**

La reciente publicación de esta obra impulsada por la Facultad de Pedagogía de la Universidad de Barcelona aporta diversas novedades en el panorama editorial actual. En primer lugar, el hecho insólito de hablar, escribir y publicar un estudio introductorio en catalán sobre una pensadora malagueña como lo es Zambrano, y que este hecho no suponga concesión alguna. En segundo lugar, la obra ofrece una extensa e importante introducción, a cargo de Jorge Larrosa y Sebastián Fenoy, que procura un triple acercamiento a esta filósofa: de un lado, la información biográfica necesaria para situar los textos; de otro, una apertura filosófica que muestra el compromiso del proyecto zambraniano de la “razón poética” de ser, a su vez, una “razón pedagógica” en el mejor de los sentidos — es decir, en el sentido en que Zambrano entiende la pedagogía como guía y método del vivir—; y finalmente, un concienzudo trabajo historiográfico que, por vez primera, se adentra en el estudio de las relaciones que María Zambrano estableció durante su exilio en Puerto Rico —especialmente con el Departamento de Instrucción Pública y la Universidad de Río Piedras—, y que condicionaron en parte la producción de su obra. Pero es sobre todo la recopilación de textos pedagó-

gicos, la mayoría poco conocidos y de difícil localización, lo que constituye la originalidad e importancia de este proyecto, aunque se haya de esperar todavía la pronta publicación algunos otros artículos inéditos que, ya localizados por los autores, habrán de aparecer en otro lugar.

Esta recopilación de textos muestra las diversas dimensiones en las que María Zambrano se enfrentó al hecho pedagógico. El libro se abre con dos de las clases que María Zambrano dictó sobre su maestro Ortega en la Universidad de Puerto Rico, en la que se puede apreciar la faceta práctica de su quehacer —no tanto transmitir un saber, cuanto cuestionar, plantear problemas—, así como las diferencias, ya palpables en este curso de 1941, que iban a ir distanciando el pensamiento de Zambrano del de su maestro (así por ejemplo, la introducción del problema de la divinidad, la apelación a la intuición de la vida antes que a la historia del pensamiento, o la reivindicación de la contemplación como un modo específico de acción, que iban a hacer decir a Zambrano en voz alta y en la soledad vertiginosa del aula: “tengo que exprimir (a Ortega) más que explicarlo” (p.78).).

Pero junto a esta faceta práctica del trabajo pedagógico de M. Zambrano —de la que son ejemplos igualmente los dos artículos de carácter divulgativo publicados originariamente en la revista *Escuela*—, la recopilación permite dar a conocer también diversos artículos que forman parte de lo que podría llamarse la teoría de la educación zambraniana. A los que estén versados en el pensamiento de María Zambrano no les extrañará que en estos textos se hable de la “vocación” del maestro frente a toda consolidada profesión y su consecuente profesionalidad. No es a la técnica comunicativa a lo que apela Zambrano, sino a la función mediadora del maestro, a la ofrenda y al sacrificio que el maestro ejecuta cuando, guiado por la llamada ineludible de la vocación, renuncia a repetir la consabida lección y se entrega al alumno para despertar en él la pregunta. De entre todas las palabras sabias que en estos textos pueden encontrarse, hallamos

éstas cuyos ecos históricos resuenan hasta la actualidad: “No tener maestro es no tener a quien preguntar y más hondamente todavía, no tener ante quien preguntarse. Quedar encerrado dentro del laberinto primario que es la mente de todo hombre originariamente; quedar encerrado como el Minotauro, desbordante de ímpetu sin salida.” (p.113). Pero la reflexión zambraniana sobre el quehacer pedagógico se completa en este libro con la publicación de textos tan importantes como *Las siete edades de la vida humana*. Y es que ninguna pedagogía puede sustentarse sin una concepción previa de la vida, de lo que es el vivir, de las crisis que jalonan el humano vivir desde la infancia hasta la senectud.

Nos hallamos pues ante una publicación que ofrece un amplio abanico de posibles accesos. El libro despertará el interés tanto de los estudiosos de la obra de Zambrano cuanto de los pedagogos y profesores volcados en su quehacer, tanto el interés del lector neófito que encontrará en estos textos una aproximación asequible al pensamiento filosófico de Zambrano, cuanto un motivo de reflexión para todo hombre interesado en su vivir.

Laura Llevadot.

José Ignacio Eguizábal, *EL EXILIO Y EL REINO. EN TORNO A MARÍA ZAMBRANO*, Madrid, Huerga y Fierro ed., 2002

El libro que nos ocupa se encuentra dividido en tres partes. La primera, subdividida en otras cinco, está dedicada a María Zambrano y propone estudiar varios temas. Se inicia con un análisis de la concepción política de la autora, centrándose en su obra *Persona y democracia* (1955), y sigue su trayectoria desde sus orígenes, en *Nuevo liberalismo* (1930), al hilo de una lectura gnóstica que le lleva a afirmar la concepción pre-política que guía los textos. A continuación da cuenta de la relación de Zambrano con Nietzsche; ésta se va desgranando a

través de los textos de la autora que hacen referencia al filósofo, y señala cómo evoluciona para ver tanto lo que los une como lo que les separa. El tercer episodio contrasta la mirada de Ortega y Zambrano acerca de T. E. Lawrence y diserta sobre la concepción heroica de ambos y las distintas nociones que tienen de acción. El episodio que le sigue se sitúa en la inmediata posguerra para analizar a través de los textos la divergente posición de Zambrano y Ortega tras la tragedia. El episodio que cierra esta parte esboza las lecturas de *El Quijote* que hicieron Ortega, Aranguren, Unamuno y Zambrano. La segunda parte la conforma una colección de textos cortos, parte de ellos publicada en el diario *Alerta* de Santander, dedicados a personajes como Aranguren, Bruno, Epicuro, Miguel de Molinos, entre otros; a temas de entre los que me gustaría destacar el titulado *Viajes*, en que se recuerda a Jerry García, de la “tribu” *Grateful Dead*, en ocasión de su muerte y en el que se reflexiona acerca de la experiencia con la LSD; el dedicado genéricamente al libro, o a la reaparición de la revista *El Viejo Topo*. En forma literaria pone el autor final al volumen con una selección de citas de Hölderlin y una recreación de momentos vitales de Paul Celan, que quiere ser también homenaje a José Ángel Valente.

Nos advierte en el prólogo J.I. Eguizábal de las muchas maneras en que se dice la unidad de un libro. Y realmente este libro constituye una unidad extraña que proviene de otro lugar, en apariencia, y que no es el que proporciona la unidad temática. Se excusa diciendo que “en este caso, responde a las inquietudes, preocupaciones, afectos del autor”. ¿Podemos asegurar que lo tratado no se deja reducir de alguna manera a ciertos fondos temáticos? ¿Podemos decir algo acerca de la relación entre ellos?

Una de las inquietudes que tiene el autor versa acerca de la incomprensión, represión, marginación u ocultamiento que padece un tipo de hombre nacido de la obra de Giordano Bruno, Miguel de Molinos, Gui Debord, Jerry García... Se desliza en ello también un afecto. El hombre quieto, detenido por el amor y por la belleza, cuya conciencia se expande; *Sugar magnolia*. Una de las preo-

cupaciones que también pueden señalar un trasfondo común responde a la pregunta ¿qué está pasando?, que tanto unió a autores dispersos como Zambrano, Benjamín, Arendt, Weil... en torno a la acuciante realidad del momento. El pasar de las cosas que (nos) pasan que nos recordaba a menudo Miguel Morey en sus clases. Y es la que más me interesa señalar porque, como recoge el autor citando a Zambrano, “ha desaparecido el mundo, pero el sentir que nos enraíza en él no” (*La agonía de Europa*, Mondadori, pg. 7). Es por eso que nos gustaría recordar un fragmento de Hannah Arendt que hubiera justificado otra percepción de la política en Zambrano, también presente a pesar de su gnosticismo; Arendt nos dice que, construyendo proyectos de voluntad y juzgando el pasado, “el pensamiento deja de ser una actividad políticamente marginal. Y tales reflexiones surgen en situaciones políticas críticas” (*La vida del espíritu*, 224). Razones no nos faltan porque “por desventura, el dintel de aquel conflicto entre el hombre que pide vivir y la historia, la antihistoria más bien, que lo condena sigue en pie. No ha habido “progreso” alguno sino en la abismática caída que reitera su amenaza. A los males de la guerra han sustituido en la fingida paz la tortura declarada y establecida en formas innumerables, la proliferación del horror metódicamente cultivado: la degradación última de la razón occidental que al horror ofrece su método.” (*La experiencia de la historia* (1977), pg. 11, texto recogido en *Senderos*, Anthropos, 1986)

Teresa Ruíz

**MARÍA ZAMBRANO EN “REY LAGARTO”,
Sama de Langreo, Asturias, 2002, Nº 50-51:**

Recientemente la revista *Rey Lagarto* se ha ocupado con cierto detenimiento de la vida y la obra de María Zambrano. No es la única vez, que sepamos, que esta publicación periódica se

ocupa de este tema –cabe recordar que el número 46-47, del mismo 2001, ya contenía dos artículos sobre nuestra autora: *El solitario Luis* (Rogelio Blanco Martínez) y *Aquel amor imposible: María Zambrano y Miguel Pizarro*¹, además de la reproducción de varias cartas inéditas de Luis Fernández a la pensadora andaluza-. No obstante conviene decir que sí que es la primera ocasión en que lo hace de una manera tan extensa. Así en el número en cuestión encontramos recuperados tres originales de gran interés de la propia María Zambrano cuya lectura se nos antoja inexcusable –*La mendiga, Tragedia y novela* y *Compañero único y amigo impar*²-. Sólo por eso, por contribuir este número a recuperar la gran cantidad de escritos zambranianos desconocidos o inéditos, ya sería digno de una elogiosa reseña. Pero además, junto a ello, encontramos 5 artículos de especialistas en diferentes aspectos de su obra y su vida: *Apuntes sobre la relación entre María Zambrano y Luis Fernández* (Alfonso Palacio Álvarez), *Una niña llamada María Zambrano* (Rafael Tomero Alarcón), *La crisis de la filosofía y la búsqueda de nuevos horizontes en María Zambrano* (María Cobos), *Mis recuerdos de María Zambrano* (Juan Fernando Ortega Muñoz) y *María Zambrano, Luis Fernández y Pablo Picasso* (Rafael Tomero Alarcón). Rafael Tomero y Juan Fernando Ortega fundamentalmente hablan de su relación personal con Zambrano. Alfonso Palacio –especialista en la obra de Luis Fernández- nos expone la relación amical que existió entre el “discípulo de Picasso” y la Premio Cervantes, su duración, su inicio, su intensidad. Cabe señalar que *Rey Lagarto* también ha sido pionera en el estudio de la obra pictórica del maestro asturiano –nada menos que 3 artículos de los aquí citados se ocupan de él-. El artículo de M. Cobos pone el obligado acercamiento filosófico a la intelectual malagueña.

La guinda del pastel la pone la inclusión del poema, hasta entonces prácticamente inédito, *A mi ángel*. Se trata de unos versos cuyo manuscrito se conserva en la Fundación María Zambrano bajo la asignatura M-360. Dicho original contiene un cuadernillo repleto de escritos con vocación poética y varios dibujos a lápiz. No es la primera vez que hablamos de éste, de su contenido –de la relación existente entre los mentados dibujos y los poemas-, y del momento de la vida de nuestra autora en que fue creado –1945, año crítico, dramático, como casi toda su estancia en América-. Por otro lado no es necesario que recordemos la importancia de la obra poética zambranianiana; esto puede sorprender inicialmente, pero cada uno de estos poemas tiene un lugar esencial en el devenir intelectual de María Zambrano hacia la llamada “razón poética”³. Además conviene no olvidar que esta poesía y las demás contenidas en el nombrado M-360 probablemente no serán las últimas salidas de su mano.

S. Fenoy

Rogelio Blanco Martínez, LA ESCALA DE JACOB (DE LA VISIÓN A LA PALABRA), Ediciones Endymion, colección ensayo, N.º. 138, Madrid, 2001

El presente libro es la mejor muestra del interés de Rogelio Blanco por la creación artística, ya sea a través de la palabra, ya sea merced a la imagen. “Es un afortunado encuentro con pinceles y versos, con pintores y con poetas, ante quienes el autor cautelosamente se acerca”. Así se recogen una serie de artículos, reali-

¹ También en Rogelio Martínez, *La escala de Jacob: de la visión a la palabra*, Endymión, Madrid, 2001.

² *Tragedia y novela* es un original pensado por su autora para la revista puertorriqueña *Semana*.

³ Sobre este punto conviene consultar *El ángel del límite y el confin intermedio (tres poemas y un esquema de María Zambrano)*, edición e introducción de Jesús Moreno Sanz, Endymión, Madrid, 1999. Allí, J. Moreno Sanz es extremadamente explícito y contundente al respecto.

zados durante años, para diferentes publicaciones periódicas y catálogos de exposiciones.

“De la visión”, “De la palabra” y “...y de los sueños”, por este orden, son los tres capítulos que contiene la presente monografía. En los dos últimos es la palabra (poética) el protagonista principal, aunque también se hacen referencias, tan pertinentes como entrañables, a figuras y personajes del cine (como la actriz Anna Magnani), o de la “música popular” (así Agapito Marazuela), o del mundo editorial (Jesús Moya).

Pero el capítulo primero, el más extenso, es el que más ocupará nuestra atención ya que versa precisamente sobre el tema que ocupa las páginas del presente número de *Aurora*: la pintura. Jesús de la Torre, Eugenio G. Granell, Ginés Liébana, Marisa Cofiño, Ral Ebenhart, Resty, Baruj Salinas, Jesús Herrero, José Díaz y “José Hierro” son los pintores a los que Rogelio Blanco les dedica un escrito. Se trata de artistas cuya obra se nos ofrece con una marcada “sintonía zambraniana”; y esto el autor lo sabe marcar de una manera preclara. No en vano nos encontramos ante uno de los más reconocidos investigadores de la obra de la pensadora malagueña. En este sentido cabe decir que no deja de sorprender -por mucho que se haya reflexionado ya al respecto- la constante y permanente “simpatía” de muchos y diferentes artistas con la obra zambraniana. Músicos, pintores o escultores han visto en sus palabra la expresión más acabada de su proceso creativo. Si ya en vida de nuestra pensadora existía esta mutua admiración -pueden recogerse testimonios en este sentido de pintores tan reconocidos como Ramón Gaya, Luis Fernández, Tapies o Juan Soriano-, hoy en día la situación no ha cambiado, *Algunos lugares de la pintura* es una lectura frecuente en las facultades de Bellas Artes.

Por desgracia no podemos detenernos en cada uno de los 12 artículos que componen este “De la visión”, pero sí dar alguna “pincelada” a propósito de algunos de aquellos que nos han llamado más la atención. Por ejemplo, los dos relacionados con Luis Fernández -“El solitario Luis” y “Luis Fernández y María Zambrano”-, sin duda de obligada lectura para todos los estudiosos y admiradores de la obra

del pintor asturiano, nos ofrecen una clara exposición de la evolución de su pintura, de su vida artística y personal y, sobre todo, de su relación con nuestra pensadora. “Baruj Salinas: el espacio de los sueños” es una presentación del artista y de su obra, donde pueden encontrarse alusiones pertinentes a “la isla de la luz”, a los escritores cubanos del “Grupo Orígenes”, o a algunos amigos comunes pintores. En “De una obra pictórica de participación” Rogelio Blanco nos explica cómo la pintura de Marisa Cofiño retrata la naturaleza del hombre, de sus “esperanzas” más que de su inteligencia o de sus instintos. “La pintura -dice María Zambrano- no es más que hija del hombre. No tiene, que sepamos, origen divino...”. “Jesús García de la Torre o la búsqueda de la eutopía”, ya para terminar, nos muestra cómo la pintura puede buscar “depositar el cielo en la tierra”. Una “utópica” pretensión, pero también una pretensión zambraniana donde las haya. Ese descubrir lo que está más allá y tratar de traerlo “aquí”, y viceversa, acercar “lo de aquí” a “lo de allá”, es la preocupación de la filosofía de María Zambrano por excelencia. Si hemos de resaltar algún rasgo característico de su “Razón poética” ése es la “mediación”, el establecer “puentes”, “el saber habérselas con lo otro”, y desde luego la pintura de Jesús García de la Torre cumple con este pretensión ejemplarmente. Es decir “cumple con esta pretensión” si es que eso es posible, si es que es posible saltar esos abismos que separan “lo de aquí” y “lo de allá”, si es que es posible en definitiva “esta pintura” o la Razón poética.

S.F

Ramón Gaya, CARTAS DE RAMÓN GAYA (A TOMÁS SEGOVIA, SALVADOR MORENO Y MARÍA ZAMBRANO), Museo Ramón Gaya, colección Los libros del Museo, Nº. 7, Murcia, 2002

El museo Ramón Gaya ha editado recientemente un volumen que incluye, en su

capítulo cuarto, parte de la correspondencia remitida por el pintor murciano a María Zambrano, durante los años del “exilio romano”. La colección “Los libros del Museo” tiene como objetivo primero dar a conocer la obra de Ramón Gaya, pero también la de pintores e intelectuales de su misma generación, como es el caso. Así publica documentos que en principio pudieron no ser pensados para ser recogidos en una monografía: correspondencia, material gráfico, conferencias o seminarios, etc.

En nuestro caso nos encontramos con 10 cartas, comprendidas entre los años 1956 y 1960, en las que Gaya mantiene una estrecha amistad con la pensadora malagueña y su hermana Araceli. Estrecha y “vieja” amistad, ya que se remonta a finales de los años 30, cuando ambos trabajaban para publicaciones periódicas ya “míticas” (como son *Cruz y raya*, o bien *Hora de España*), en circunstancias dramáticas de todos conocidas.

“Hermanas” o “queridísimas fratelas” son algunos de los términos empleados en las cartas, sin duda Ramón Gaya debió ser un

más que asiduo “visitador” de la residencia de las hermanas Zambrano en Roma, como tantos otros exiliados, intelectuales o políticos, muchos de ellos latinoamericanos, de primera fila (Rafael Alberti, Jorge Guillén, Alberto Moravia, Jaime Benítez, Muñoz Marín, Juan Bosch...) para los que la Piazza del Popolo significaba ya casi un lugar de peregrinación.

Conviene señalar, ya para terminar, que sorprendentemente apenas si encontramos documentos escritos, de María Zambrano o de Ramón Gaya, que versen sobre la vida o la obra del otro. (Hasta donde nosotros sabemos podemos leer de la primera *La pintura de Ramón Gaya*, publicado por primera vez en el Homenaje a Ramón Gaya, Editorial Regional, Murcia; el escritor y pintor murciano publica el 23 de abril de 1989 en ABC, , pág. 73, un artículo breve: *He pintado ese momento*). Pero esto no hace sino darle aún un mayor relieve si cabe a la presente monografía.

S.F

